

María Teresa pronunció una simpática alocución y un joven jerarca comunista de Madrid, de nombre Antón, tras una leve introducción empezó a cantar la *Internacional* que todos seguimos puño en alto. Cuando todo se creía terminado Jiménez Díaz pronunció emocionado unas palabras y citó el «entusiasmo platónico» que no creo viniera a cuento. Rafael Alberti, que todavía estimaba bien a Jiménez Díaz, se volvió a él al despedirse y le preguntó mirando hacia todos: «¿Cuántos fascistas tienes aquí camuflados?». Los tres que formábamos el comité político del hospital (doctor Barreda, socialista, doctor Gavilanes comunista; y yo de izquierda republicana) se lo negamos violentamente no obstante saber que teníamos allí protegidos a más de una docena de buenos amigos de derechas, pero en ningún sentido peligrosos. Pasaron los años y la guerra y Alberti me dijo un día: «¿Y qué fue del nido de facciosos que escondíais en el hospital de Chamartín?». Afortunadamente a aquellos no les había pasado nada y se lo dije, pero los franquistas denunciaron y fusilaron a bastante personal médico.

Justamente unos días antes de que el Partido Comunista hubiera decidido transformar el Convento en Hospital, nada más requisar el edificio y dejar huir a las monjas (una de las cuales fue a esconderse en mi casa de la calle Santa Engracia por razones muy privadas) los miembros de la Alianza de Intelectuales Antifascistas habían sacado de allí varios cuadros buenos que pusieron a resguardo, pero por la razón que fuera, quizás olvido, quedó allí la biblioteca que tuvimos que salvar los médicos porque la cocina y la calefacción del edificio eran encendidos con libros de la misma; entre ellos algunos libros antiguos de importancia teológica, que yo entregué en la Biblioteca Nacional después de decírselo a Alberti.

6. *El Mono Azul*

Casi nada más estallar la guerra civil, la Alianza de Intelectuales Antifascistas, cuyas ideas fundacionales correspondieron casi en su totalidad a Rafael Alberti y María Teresa León, dedicada sobre todo a la salvación del Tesoro Artístico Nacional, editó una modesta publicación semanal de dos simples hojas, para impulsar la defensa contra la sublevación. Fue *El Mono Azul*, cuyo comité editorial estaba constituido por María Teresa León, José Bergamín, Rafael Dieste, Lorenzo Varela, Rafael Alberti, Antonio Luna, Arturo Souto y Vicente Salas Viu. Yo conservo algunos números; pero en 1975 se hizo una nueva edición completa, que mi secretaria me regaló, y a la que Rafael agregó una de sus policromas dedicatorias: «A Francisco Vega Díaz camarada de los tiempos heroicos».

No obstante constarme que todos los especializados en la obra albertiana y en la literatura bélica de la República han estudiado *El Mono Azul* y seguramente lo harán en este mismo número de *Cuadernos*, quiero insistir hoy en algunas menudencias interesantes a mi objetivo recordatorio. El *alma mater* de la publicación fue María Teresa

León, autora de muchos artículos sin firma y editoriales. Pero sería imperdonable olvidar *El Romancero de la guerra civil*, en el que colaboraron todos los grandes poetas del candelero juvenil encabezados por Vicente Aleixandre, Rafael Alberti, Emilio Prados, Manuel Altolaguirre, Miguel Hernández, Antonio Oliver Belmás y otros varios. Publicó Alberti allí doce romances, algunos con lenguaje muy violento; «El último duque de Alba» aparece en el segundo número y siguen después los restantes, incluyendo también la «Letrilla del Mono Azul», sencilla presentación de los objetivos del folleto. Entre los tres artículos en prosa firmados por Alberti recuerdo, el titulado «Mi última visita al Museo del Prado» donde describe con emoción el bombardeo de los nacionales sobre el mismo (treinta y cuatro bengalas para iluminar bien la zona a bombardear y catorce bombas incendiarias); también la descripción de su acción personal y directa para salvar «Las Meninas» de Velázquez y el «Carlos V a caballo» de Tiziano. El dolor espiritual de Alberti al ver las paredes de las grandes salas del Museo desnudas, al atardecer, fue tan intenso que terminó el artículo diciendo: «Yo, después de la evacuación de Las Meninas no quise volver al Museo en toda la guerra».

Dedicó un poema al asesinato de Federico García Lorca; se le adelantaron Emilio Prados y Vicente Aleixandre con otros bellos y sentidos poemas.

De María Teresa León destacaron en *El Mono Azul* un artículo destinado a Máximo Gorki, al que personalmente había conocido, y otros dos títulos: «De muerte a muerte» y «Gato por liebre».

7. Frustración de un álbum de fotografías

Desde hace unos veinticinco años vengo pasando las vacaciones veraniegas en la provincia de Cádiz: Conil, Los Caños de Meca, Chiclana. Mucho antes de que Alberti regresara a España proyecté hacer un álbum de fotografías en el que recoger su trayectoria vital, desde su primera infancia, retratando cuantos puntos citaba en *La arboleda perdida* y otros que las informaciones me fueran aportando. Para ello recabé datos de conocidos míos que pudieran facilitármelos directamente o a través de otras personas incluida, en primer lugar, su prima carnal, la señora de Terry con sus hijos. Asimismo se desvivieron en ayudarme el doctor don José Villar (gran internista de Cádiz y amigo mío desde la juventud); la familia Vargas, dueña de la venta del mismo nombre en San Fernando que hasta me llevaron en su coche mañanas y tardes enteras, y cuya devoción por Alberti me constaba (no obstante lo cual éste no pisó nunca el restaurante donde le anhelan ver y en una de cuyas paredes cuelga un dibujo suyo); el empresario de la plaza de toros del Puerto de Santa María señor Barrilaro, y otros amigos de Alberti y míos que me acompañaron a ver la casa en la que éste viviera y de cuyo patio había desaparecido el árbol de sus recuerdos.

Llegué a reunir unas doscientas fotografías y encargué otras tantas a fotógrafos aislados; pero todos me fallaron, o confundieron los sitios solicitados, por lo que la

colección quedó tan coja que desistí de continuarla, y el álbum se frustró. Todas las que había hecho se las dí al interesado sintiéndome dolidamente fracasado porque era el obsequio principal que yo quería llevarle para el día que cumpliera los setenta años.

8. Amenaza de muerte en el café de Roma de Madrid

Casi recién vuelto Alberti a Madrid le invité un día a almorzar en mi casa. Su partido político le había designado un guardaespaldas (¿Antoñito?) que le acompañaba a todas partes por temor a algún acto vandálico de los falangistas ultras. Los dos venían a pie por la calle de Serrano y por la acera de los impares y al pasar por el café de Roma, que conservaba el mismo nombre y casi la misma apariencia externa que antes de la guerra, Alberti recordó que allí solía sentarse en tiempos pasados con una novia de la que había estado enamorado^{*} (por azares del destino vivía muy cerca del café, con sólo una casa intermedia, casada con un dignísimo abogado y ambos clientes míos). Ignorando que tal café era un nido de falangistas furibundos y movido por aquel recuerdo sentimental, Alberti penetró en el café y acercándose inconscientemente al mostrador pidió, a la antigua usanza, dos «cañas» de cerveza. El camarero le reconoció por su melena blanca e iba a servirle gustoso, pues era de su misma cuerda; pero como si les alzaran unos resortes, se levantaron de una mesa inmediata cuatro o seis jóvenes corpulentos, uno de ellos, mostrándole una manopla cuyo metal brillaba entre los dedos de la mano derecha, y gritando como un energúmeno le espetó: «Tiene usted medio minuto para marcharse vivo de aquí». Rafael, tranquilamente, pero dándose cuenta de lo que podría ocurrir en caso de resistencia, le respondió: «Necesito mucho menos tiempo» y con su amigo salió a la calle rápidamente en dirección a mi casa, que estaba a menos de cien metros. Le abrí yo mismo la puerta cuando llamó y, dejándose caer en una butaca del *hall*, me relató lo sucedido con algún aderezo bromista. Pensé llamar por teléfono a la policía; pero antes nos asomamos dos o tres veces al balcón y al comprobar que no le habían seguido quedamos tranquilos. Se contentaron con la «heroicidad» de haberlo echado del café. Ese era el clima más favorable que todavía persistía en algunos antros de pandillas agresoras.

9. Los Alberti en Torrelodones

María Teresa y Rafael vinieron dos veces a mi casa de Torrelodones. La primera porque él quería conocer mi colección de corazones, y la segunda, sólo para almorzar y para que María Teresa tomara un poco el aire libre. Ella se sentía muy bien entre las flores y él se sorprendió del tamaño de las rosas y de las doce o quince adormideras que estaban en flor y cuyas corolas con veintiséis centímetros de diámetro eran mucho mayores que las que había visto en plantaciones de Hispanoamérica.

** Esta señora posee, entre otros recuerdos de Rafael Alberti, unos poemas escritos con letras construidas con los billetes de los tranvías que ella y él usaban en los desplazamientos. A ella debo esta confidencia.*

Cortó una de ellas para traerla a Madrid, pero con el calor de la mano y el del aire quedó reducida a menos de la mitad con extrañeza de todos. Recuerdo que uno de aquellos días María Teresa hasta pretendió correr entre los mínimos jardines en juego semi-infantil, pero se cayó haciéndose una leve herida en el codo, curada la cual nos volvimos a la capital.

10. Alberti y la enfermedad de María Teresa

La triste situación demencial, por todos conocida, de la adorable María Teresa León, venía siendo ya algo alarmante cuando la pareja regresó a España. Una de las veces que vino a mi casa se levantó varias veces de la mesa diciendo que se le iba a escapar el tranvía y que no podrían llegar a tiempo a no sé que sitio de Roma. Cuando Rosa Cerdón, con quien tenía una amistad fraguada en muchos años de casi convivencia, se levantó para traerla de nuevo, María Teresa le preguntó quién era, y al contestarle con cariño, María Teresa le replicó: «Mira vete a buscar a Rafael que está en peligro. Pero escucha: ¡Qué bien te conservas!». Rafael estaba sentado junto a ella.

Alberti se portó maravillosamente con María Teresa, llegando a pasar apuros para poder pagar la clínica donde por indicación médica estaba albergada. Creo saber que llegó a necesitar que le pagaran sus libros o artículos con adelanto y que en una ocasión fue a cobrar el valor de un artículo de periódico, el mismo día que apareció, mas no puedo asegurarlo. Lástima que el Premio Cervantes, por el que yo abogara en el artículo que comenté al comienzo, se lo otorgaran tan tardíamente y por decisiones extrañas, porque ningún español de entonces lo merecía más que él. Sé que ninguno de los premiados españoles —todos amigos míos— me reprochará este comentario. Recibido a tiempo le hubiera permitido seguir con menos inquietud la enfermedad de María Teresa y sus propias necesidades. Pero aunque no respondo de su veracidad, porque yo entonces estaba muy enfermo y no pude asistir a la concesión, alguien me contó que cuando ya tenía en su poder el cheque del premio y hasta contaba, él comunista, con el afecto admirativo de S.M. la Reina, Rafael bromeó con uno de los amigos de ambos en el mismo salón de la Universidad de Alcalá de Henares, del siguiente modo: «Cuando Méndez Pidal y Machado me dieron el Premio Nacional de Literatura me lo gasté casi todo en helados. ¿Cuántos helados me darían por estos millones?».

11. Rafael Alberti y el jamón

Creo que Rafael Alberti gastronómicamente hablando es un jamonófilo. Tengo la experiencia de que le entusiasma el buen jamón de Sierra, muy especialmente el de la de Huelva y, sobre todo, el comercialmente conocido como de Jabugo, bien curado.

También el granadino de Trevélez aunque la visión de este último le entristece, hasta al oírlo nombrar, por el recuerdo provinciano de Federico. Siempre que en mi casa nos hemos reunido ha sido al calor de jamón verdaderamente serrano y de un buen tinto de la Rioja. (Me pidió le diera un ejemplar de las invitaciones que yo cursaba a los amigos cuando deseaba reunirlos en casa encabezada por un versuco que decía:

Jamón y queso,
pan y tintorro,
hacen al hombre
fruncir el morro

Cuando Rosa y Tere Cerdón y mi actual esposa fuimos a Roma por sus setenta años, le llevé como regalos de la que hoy es mi esposa y míos una capa española de la casa Seseña, una calavera de toro de lidia bien limpia y soleada (de la ganadería gaditana de Camacho) y un jamón curado regalo a medias de la Venta de Vargas de San Fernando procedente de Cumbres Mayores. Del frustrado álbum de fotografías le di todas las que tenía. Llegamos a Roma con el lógico temor de que nos prohibieran pasar el jamón en la aduana del aeropuerto, pero tuvimos gran suerte porque mientras los «carabinieri» se distraían revisando la cabeza de toro y los cuernos como yo les explicaba, Terín Cerdón se echó al hombro el jamón y mirando a los aduaneros y con una gran carcajada les dijo en italiano: «Esto es un jamón de ese pobre bicho». Los aduaneros se echaron a reír algo sorprendidos, pero no advirtieron lo que se les colaba. Desde el hotel avisamos por teléfono a Rafael de lo que le llevábamos y éste se apresuró a sacar un largo cuchillo de cocina con el que pidió, al llegar nosotros, peláramos un poco del pellejo para comerse a renglón seguido unas lonchas y tomarse una copita de Chianti, naturalmente haciéndonos partícipes del convite.

Comentario final

Pero, ¡lo que son las cosas!, como suelen decir los madrileños galdosianos; en agosto de 1984 yo tuve que ser sometido a una intervención quirúrgica con la que no se pudo evitar que quedara paralítico de las cuatro extremidades varios meses, y Rafael Alberti fue el único amigo que no fue a verme ni una sola vez en los cinco meses de mi hospitalización, aunque su simpática sobrina María Teresa preguntara por teléfono. Me dolió mucho, pero lo comprendí, porque conociendo a Alberti, sabía que con ello huía de los espectáculos deprimentes, que para él son atormentadores. Posteriormente el tuvo también muy graves accidentes y yo tampoco pude ir a verle, aunque fue por mi invalidez. Esta consideración no reza con el afecto y la admiración que le sigo profesando y con la seguridad de que nos veremos muy pronto, antes o después de recalar veraniegamente en Cádiz.

Francisco Vega Díaz